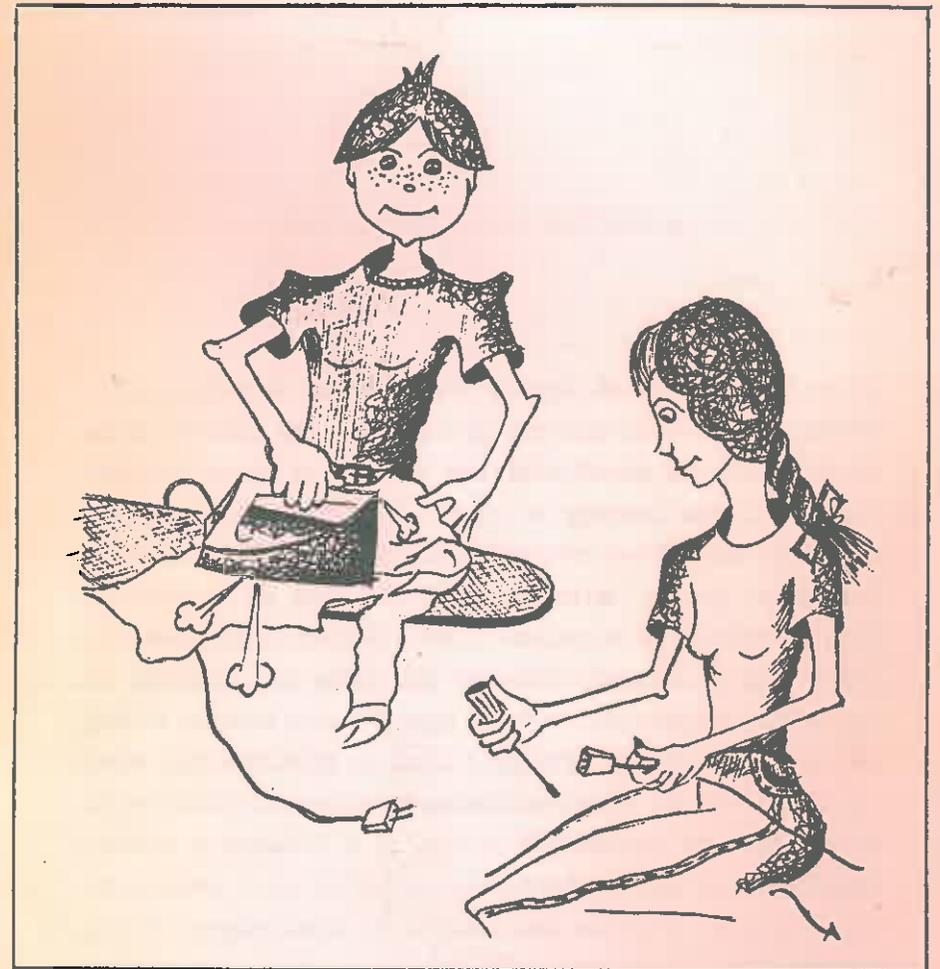


LA INSTRUCCION INTEGRAL

BAKUNNIN (1814 - 1876), COMBATIENTE A PIE DE BARRICADA EN CASI TODAS LAS REVOLUCIONES GRANDES O PEQUEÑAS QUE SE DIERON EN EUROPA EN SU EPOCA, CONDENADO A MUERTE EN TRES PAISES, ONCE AÑOS PRESO EN MOSCU Y SIBERIA, ERRANTE EN EL EXILIO POR TODA EUROPA, CASI NUNCA PUDO TEORIZAR CON TRANQUILIDAD; INCLUSO SU OBRA MAS CONOCIDA "DIOS Y EL ESTADO" ESTA INACABADA.

EL TEXTO QUE AQUI PUBLICAMOS "LA INSTRUCCION INTEGRAL" APARECIO SIN FIRMA EN CUATRO ENTREGAS DEL PERIODICO "L'EGALITE" EN EL AÑO 1869. ACTUALMENTE AGOTADO EN CASTELLANO QUEREMOS INICIAR CON EL LA PUBLICACION A UN PRECIO INFIMO, DE AQUELLOS FOLLETOS CLASICOS QUE SE ENCUENTRAN AGOTADOS O DE COMPAÑEROS ACTUALES QUE POR LOS IMPERATIVOS ECONOMICOS EN LAS EDITORIALES NO PUEDEN VER SUS OBRAS PUBLICADAS.



Mijail Bakunin

LA INSTRUCCION INTEGRAL

I

La primera cuestión que hemos de considerar hoy es ésta: ¿Podrá ser completa la emancipación de las masas obreras mientras reciban una instrucción inferior a la de los burgueses o mientras haya, en general, una clase cualquiera, numerosa o no, pero que por nacimiento tenga los privilegios de una educación superior y más completa? ¿Plantear esta cuestión no es comenzar a resolverla? ¿No es evidente que entre dos hombres dotados de una inteligencia natural más o menos igual, el que más instruido sea, cuyo conocimiento se haya ampliado por la ciencia y que comprendiendo mejor el encadenamiento de los hechos naturales y sociales, o lo que se denominan las leyes de la naturaleza y la sociedad, comprenderá con más facilidad y más ampliamente el carácter del medio en el que se encuentra, que se sentirá más libre, que será prácticamente tan hábil y fuerte como el otro? Quien sepa más dominará naturalmente a quien menos sabe y no existiendo en principio entre dos clases sociales más que esta sola diferencia

de instrucción y de educación, esa diferencia producirá en poco tiempo todas las demás y el mundo volverá a encontrarse en su situación actual, es decir, dividido en una masa de esclavos y un pequeño número de dominadores, los primeros trabajando, como hoy en día, para los segundos.

Se entiende ahora por qué los socialistas burgueses no piden más que *instrucción* para el pueblo, un poco más de lo poco de ahora, y por qué nosotros, demócratas socialistas, pedimos para el pueblo *instrucción integral*, toda la instrucción, tan completa como lo requiere la fuerza intelectual del siglo, a fin de que por encima de la clase obrera no haya de ahora en adelante ninguna clase que pueda saber más y que precisamente por ello pueda explotarla y dominarla. Los socialistas burgueses quieren el mantenimiento de las clases, pues cada una debe, según ellos, representar una función social diferente. Una, por ejemplo, la abolición completa y definitiva de clases, la unificación de la sociedad y la igualdad económica y social de todos los individuos de la tierra. Ellos querrían, conservándolas, aliviar, aminorar y disimular las bases históricas de la sociedad actual, la desigualdad y la injusticia, que nosotros queremos destruir. De lo que resulta que entre los socialistas burgueses y nosotros no es posible acuerdo, conciliación ni coalición alguna.

Pero, se dirá —y este es el argumento que a menudo se nos opone y que los señores doctrinarios de todos los colores consideran irresistible— es imposible que la humanidad entera se dedique a la ciencia: moriría de hambre. Es preciso, por tanto, que mientras unos estudian otros trabajen para producir los objetos necesarios para vivir ellos

en primer lugar y después para los hombres que se han dedicado exclusivamente a trabajos intelectuales; pues estos hombres no trabajan sólo para ellos: sus descubrimientos científicos, además de ampliar el conocimiento humano, ¿no mejoran la condición de todos los seres humanos, sin excepciones, al aplicarlos a la industria y a la agricultura y, en general, a la vida política y social? Sus creaciones artísticas, ¿no ennoblecen la vida de todo el mundo?

Pero no. No de todo el mundo. Y el reproche más grande que tendríamos que dirigir a la ciencia y a las artes es precisamente el no extender sus beneficios y el no ejercer su influencia útil más que sobre una mínima parte de la sociedad, excluyendo y por consiguiente perjudicando a la inmensa mayoría. Hoy se puede afirmar acerca del progreso de la ciencia y de las artes lo que se dice, y con razón, en los países más civilizados del mundo, acerca del prodigioso desarrollo de la industria, del comercio, del crédito, de la riqueza social, en una palabra. Esta riqueza es totalmente exclusiva y tiende a serlo cada día más, al concentrarse siempre en manos de unos pocos y arrojar a la pequeña burguesía, a las capas inferiores de la clase media, hacia el proletariado, de manera que ese desarrollo está en razón directa de la miseria creciente de las masas obreras. Así resulta que se abre cada día más el abismo que ya separa a la minoría feliz y privilegiada de los millones de trabajadores que la hacen vivir con el trabajo de sus manos, y que mientras más felices son los felices explotadores del trabajo popular, más desdichados son los trabajadores. Que se recuerde, frente a la fabulosa opulencia del gran mundo aristocrático, financiero, comercial e industrial

de Inglaterra, la situación miserable de los obreros de ese mismo país; que se lea y relea la carta, tan ingenua y desgarradora a la vez, escrita hace poco por un inteligente y honesto orfebre de Londres, Walter Dugan, que se ha envenenado *voluntariamente* con su mujer y sus seis niños para escapar a las humillaciones de la miseria y a las torturas del hambre; entonces habrá que confesar que esta civilización tan glorificada no significa, desde el punto de vista material, más que opresión y ruina para el pueblo.

Y ocurre igual con los modernos adelantos de la ciencia y las artes. Son inmensos estos progresos, es verdad. Pero mientras más extraordinarios son, más se convierten en causas de esclavitud intelectual y, por tanto, material; origen de miserias e inferioridad para el pueblo, pues también ellas ensanchan la distancia que ya separa la inteligencia popular de la de las clases privilegiadas. La primera, desde el punto de vista de la capacidad natural, está hoy evidentemente menos hastiada, menos usada, menos sofisticada y menos corrompida por la necesidad de defender intereses injustos y es, por consiguiente, más fuerte que la inteligencia burguesa; pero, en cambio, esta última posee todas las armas de la ciencia y estas armas son formidables. Sucede a menudo que un obrero muy inteligente se ve obligado a enmudecer ante un erudito tonto, que le hace callar no por mayor finura de espíritu, de la que carece, sino por instrucción, de la que el obrero ha sido privado y que el otro ha podido recibir, pues mientras su necedad se desarrollaba científicamente en las escuelas, el trabajo del obrero le vestía, le daba casa, le alimentaba y le propor-

cionaba todo, los maestros y los libros necesarios para su instrucción.

Sabemos muy bien que el grado de ciencia que se imparte a cada uno no es igual, incluso dentro de la clase burguesa. Entre ellos existe también una escala, determinada no por la capacidad de los individuos, sino por la mayor o menor riqueza de la capa social donde han nacido; por ejemplo, la instrucción que reciben los niños de la pequeña burguesía es casi igual a aquella que consiguen los obreros, y casi nula en comparación de la que la sociedad reparte generosamente a la alta y media burguesía. ¿Qué vemos, además? Vemos a la pequeña burguesía que no está sujeta a la clase media más que por una vanidad ridícula, por un lado, y su dependencia frente a los grandes capitales, por otro, y que se encuentra a menudo en una situación más miserable y mucho más humillante que la del proletariado. Cuando hablamos de clases privilegiadas, no nos referimos a esta pobre pequeña burguesía, que si tuviera un poco más de inteligencia y de coraje, no tardaría en venir a unirse a nosotros para combatir a la alta y media burguesía, que hoy la aplasta tanto como al proletariado. Y si el desarrollo económico de la sociedad continuara en esta dirección una decena de años más, cosa que, por otra parte, nos parece imposible, veríamos todavía a la mayor parte de la burguesía media caer en la situación actual de la pequeña burguesía, primero, para irse un poco más tarde a perder en el proletariado, siempre gracias a esta fatal concentración en un número de manos cada vez más restringido, lo que tendría como consecuencia infalible dividir definitivamente a la sociedad en una pequeña mino-

ría excesivamente opulenta, instruida, dominante, y una inmensa mayoría de proletarios miserables, ignorantes y esclavos.

Hay un hecho que debe impresionar a los espíritus escrupulosos, a todos los que aprecian sinceramente la dignidad humana, la justicia, es decir, la libertad de cada uno en la igualdad y por la igualdad de todos. Se trata de que todas las invenciones de la inteligencia, todas las grandes aplicaciones de la ciencia a la industria, al comercio y a la vida social en general, sólo han aprovechado hasta ahora a las clases privilegiadas y a la soberanía de los Estados, protectores eternos de todas las iniquidades políticas y sociales, jamás a las masas populares. No tenemos más que nombrar las máquinas para que cada obrero y cada partidario sincero de la emancipación del trabajo, nos dé la razón. ¿Gracias a qué fuerza las clases privilegiadas se mantienen aún hoy con toda su insolente felicidad y sus goces inicuos, contra la indignación tan legítima de las masas populares? ¿Es por una fuerza que les es propia, inherente a ellas? No. Es únicamente por la fuerza del Estado, en el que, por otra parte, sus hijos desempeñan hoy, como lo han hecho siempre, todas las funciones dominantes, e incluso todas las funciones medianas e inferiores, salvo las de trabajadores y soldados. ¿Y qué es lo que constituye principalmente toda la fuerza de los Estados? La Ciencia.

Sí, la ciencia. Ciencia de gobierno, de la administración, ciencia de los negocios; ciencia de esquilar los rebaños populares sin hacerles gritar demasiado y cuando comienzan a gritar, ciencia de imponerles silencio, paciencia y obediencia por medio de una fuerza científicamente orga-

nizada; ciencia de engañar y dividir a las masas populares, de mantenerlas siempre en una saludable ignorancia para que no puedan nunca, ayudándose y uniendo sus esfuerzos, crear un poder capaz de derribarlos; ciencia militar ante todo, con todas sus armas perfeccionadas, y esos formidables instrumentos de destrucción que maravillan; ciencia del genio, en fin, que ha creado los barcos de vapor, los ferrocarriles y los telégrafos; ferrocarriles que, utilizados en la estrategia militar, multiplican por diez el poder defensivo y ofensivo de los Estados; telégrafos que, al transformar cada gobierno en una máquina de cien, de mil brazos, hacen posible su presencia intervencionista y triunfante en todas partes, creando las más formidables centralizaciones políticas que hayan existido nunca.

¿Quién puede, pues, negar que todos los progresos científicos han servido hasta ahora, sin excepción, para el enriquecimiento de las clases privilegiadas y para aumentar el poder de los Estados, en detrimento del bienestar y de la libertad de las masas populares, del proletariado? Pero, se objetará, ¿es que las masas obreras no se han beneficiado también de ello? ¿No están mucho más civilizadas en nuestra época de lo que lo estaban en pasados siglos?

A eso contestaremos con una observación de Lassale, el célebre socialista alemán. Para juzgar los progresos de las masas obreras desde el punto de vista de su emancipación política y social, no es necesario comparar su situación intelectual en el presente siglo con la de épocas pasadas. Lo que sí es preciso considerar es si, a partir de una fecha cualquiera, la diferencia que había subsistido aún entre ellas y las clases privilegiadas, constatando si han progre-

sado en la misma medida que estas últimas. Pues si hay igualdad en los respectivos progresos, la distancia intelectual que les separa hoy del mundo privilegiado, será la misma; si el proletariado progresa más y más rápido que los privilegiados, la distancia se habrá acortado; pero, si por el contrario, el progreso del obrero es más lento y consecuentemente menor que el de las clases dominadoras, en el mismo espacio de tiempo la diferencia aumentará; el abismo que los separaba se habrá agrandado, el hombre privilegiado será más poderoso, el obrero, más dependiente, más esclavo que en la época tomada como punto de partida. Si los dos salimos a la misma hora de dos puntos diferentes y llevas 100 pasos de ventaja sobre mí, si recorres 60 y yo sólo 30 por minuto, al cabo de una hora la distancia que nos separará no será de 100, sino de 280 pasos.

Este ejemplo da una idea muy exacta de los respectivos progresos de la burguesía y del proletariado, hasta ahora. Los burgueses han ido más deprisa en el camino de la civilización que los proletarios, no porque su inteligencia haya sido mayor que la de estos últimos —hoy podría afirmarse con todo derecho justamente lo contrario—, sino porque la organización económica y política de la sociedad ha sido tal hasta ahora, que únicamente los burgueses han podido instruirse; que la ciencia no ha existido más que para ellos, y que el proletariado se ha visto condenado a una ignorancia forzosa, de forma que si avanza —y sus progresos son indudables— no es gracias a la sociedad, sino a pesar de ella.

Resumimos. En la organización actual de la sociedad, los progresos de la ciencia han sido la causa de la ignoran-

cia *relativa* del proletariado, al igual que los progresos de la industria y del comercio han sido la causa de su miseria *relativa*. Los progresos intelectuales y materiales han contribuido, pues, a aumentar su esclavitud. ¿Cuál es el resultado? Que debemos rechazar y combatir esta ciencia burguesa, lo mismo que debemos rechazar y combatir la riqueza burguesa. Combatirlos y rechazarlos en el sentido de que destruyen el orden social que es patrimonio de una o de varias clases, debiendo reivindicarlas como un bien común de todos.

II

Hemos demostrado que, mientras haya dos o varios grados de instrucción para las diferentes capas de la sociedad, habrá necesariamente clases, es decir, privilegios económicos y políticos para un pequeño número de afortunados, y la esclavitud y la miseria para la mayoría.

Como miembros de la Asociación Internacional de Trabajadores, queremos la igualdad, y porque la queremos debemos querer también la instrucción integral, igual para todos.

Pero, surge la pregunta, si todo el mundo es instruido, ¿quién querrá trabajar? Nuestra respuesta es sencilla: *todos deben trabajar y todos deben ser instruidos*. Con frecuencia se contesta a esto que si se mezcla el trabajo industrial con el trabajo intelectual se perjudica a uno y otro; los trabajadores serán malos eruditos y los eruditos no serán más que tristes obreros. Sí, en la sociedad actual están igualmente falseados el trabajo manual y el intelectual, a causa del aislamiento artificial al que se les ha condenado. Pero estamos convencidos de que en el hombre vivo e íntegro, cada una de estas dos actividades, muscular y ner-

viosa, deben ser desarrolladas por igual y, lejos de perjudicarse mutuamente, cada una debe apoyar, ensanchar y reforzar a la otra; la ciencia del sabio se volverá más fecunda, más útil y más amplia cuando el intelectual no ignore el trabajo manual; y el trabajo del obrero instruido será más inteligente, y por consiguiente más productivo que el del obrero ignorante.

De lo que se deduce que, en interés del trabajo y de la ciencia, no deberán existir ni obreros ni intelectuales, sino sólo hombres.

Sucedirá entonces que aquellos hombres a los que por su inteligencia superior se les encauza hoy en el mundo exclusivo de la ciencia, que una vez instalados en él cedan a la necesidad de una posición completamente burguesa, y orientan todos sus hallazgos para utilidad de la clase privilegiada de la que forman parte, esos hombres, una vez que se solidaricen realmente con todo el mundo, no sólo imaginaria ni verbalmente, sino de hecho, con su trabajo, convertirán los descubrimientos y las aplicaciones de la ciencia en algo útil para todos y, sobre todo, aliviarán y ennoblecerán el trabajo, que es la única base legítima y real de la sociedad humana.

Es posible e incluso muy probable que en la época de transición más o menos larga que suceda naturalmente a la gran crisis social, las ciencias más elevadas desciendan considerablemente por debajo de su nivel actual; como también es indudable que el lujo y todo lo que constituye los refinamientos de la vida, deberán desaparecer durante mucho tiempo y no podrán reaparecer más que cuando la sociedad haya conquistado lo necesario para todo el mundo.

¿Pero este eclipse temporal de la ciencia superior, será una gran desgracia? ¿Lo que pierda en sublime elevación no lo ganará al ensanchar su base? Sin duda habrá menos sabios ilustres, pero al mismo tiempo habrá infinitamente menos ignorantes. Ya no habrá ese pequeño número de hombres que tocan los cielos, pero, en cambio, millones de hombres hoy degradados, aplastados, caminarán humanamente por la tierra. Nada de semidioses, nada de esclavos. Los semidioses y los esclavos se humanizarán a la vez, unos descendiendo un poco, los otros elevándose mucho. No habrá, pues, lugar ni para la divinización ni para el desprecio. Todos se darán la mano y, una vez juntos, caminarán con un ardor nuevo hacia otras conquistas, tanto en la ciencia como en la vida.

Lejos de temer este momentáneo eclipse de la ciencia, lo deseamos fervientemente, pues tendrá como efecto humanizar a los sabios y a los trabajadores a la vez, reconciliar la ciencia y la vida. Y estamos convencidos de que, una vez conquistada esta base, el progreso de la humanidad, tanto en la ciencia como en la vida, excederá con creces todo lo que hemos visto y lo que podemos imaginar hoy.

Pero aquí se plantea otra objeción: *¿Tienen todos los individuos igual capacidad para elevarse al mismo grado de instrucción?* Imaginemos una sociedad organizada de un modo totalmente igualitario y en la que todos los niños tengan desde su nacimiento el mismo punto de partida, tanto en el aspecto político, como en el económico y social, es decir, absolutamente los mismos cuidados, la misma educación, la misma instrucción. ¿No habrá entre esos peque-

ños diferencias infinitas de energía, de tendencias naturales, de aptitud?

Este es el gran argumento de nuestros adversarios, burgueses y socialistas burgueses. Lo creen irresistible. Intentemos, pues, demostrarles lo contrario. En primer lugar, ¿con qué derecho apelan al principio de las capacidades individuales? ¿Hay lugar para el desarrollo de esas capacidades en la sociedad, tal como está? ¿Puede haber lugar para su desarrollo en una sociedad que continúe teniendo como base económica el derecho de herencia? Evidentemente, no, pues desde el momento que existe la herencia, la carrera de los niños no será nunca el resultado de sus capacidades y de su energía individual; será, ante todo, el del estado de la fortuna, de la riqueza o de la miseria de sus familias. Los herederos ricos, pero tontos, recibirán una instrucción superior; los niños más inteligentes del proletariado continuarán recibiendo en herencia la ignorancia, tal como se practica ahora. ¿No es, pues, una hipocresía el hablar no sólo en la sociedad actual, sino con vistas a una sociedad reformada, que continuaría teniendo como bases la propiedad individual y el derecho de herencia, no es un engaño infame el hablar de derechos individuales fundados en las capacidades individuales?

Hoy se habla mucho de libertad individual, y sin embargo lo que domina no es el individuo humano, el individuo en general, sino el individuo con una posición social privilegiada. Es, pues, la posición, la clase social. ¡Que un individuo inteligente de la burguesía ose tan sólo levantarse contra los privilegios económicos de esa respetable clase, y se verá cuánto respetarán la suya esos buenos burgue-

ses que ahora no tienen en la boca más que la libertad individual! ¿No vemos cada día a grandes inteligencias obreras y burguesas forzadas a ceder el paso e incluso inclinarse ante la estupidez de los herederos del becerro de oro? ¡Que se nos hable de capacidades individuales! La libertad individual, no la privilegiada, sino la humana, y las capacidades reales de los individuos, no podrán desarrollarse plenamente más que en absoluta igualdad. Únicamente podemos hablar de igualdad intelectual y material cuando exista *el mismo punto de partida* para todos los hombres; sólo entonces podremos decir, con más razón que hoy, que todo individuo es hijo de sus obras, protegiendo, sin embargo, los derechos superiores de la solidaridad, que es y permanecerá siempre como el generador de las relaciones sociales. Por todo ello, concluimos que, para que las capacidades individuales prosperen y no se les impida dar todos sus frutos, es necesario, ante todo, que los privilegios individuales, tanto políticos como económicos, es decir, todas las clases, sean abolidas. Será preciso que desaparezca la propiedad privada y el derecho de herencia para que triunfe la igualdad económica, política y social.

Pero, una vez que la igualdad haya triunfado y esté bien establecida, ¿no habrá ya ninguna diferencia entre las capacidades y los grados de energía de los diferentes individuos? Quizá no tanta como existe hoy, pero sin duda siempre la habrá. Hay una verdad hecha proverbio, que no cesará nunca de ser verdad: que no existen dos hojas idénticas en el mismo árbol. Con mucha más razón, esto será cierto en relación a los hombres, puesto que son seres mucho más complejos que las hojas. Pero esta diversidad, le-

jos de ser un mal, es, al contrario, como muy bien lo ha observado el filósofo alemán Feuerbach, una riqueza para la humanidad. Gracias a ella la humanidad es un todo colectivo, en la que cada uno completa el todo y tiene necesidad del todo; de forma que esta diversidad infinita de los individuos es la causa misma, la base principal, de su solidaridad, un argumento todopoderoso en favor de la igualdad.

En el fondo, incluso en la sociedad actual, si se exceptúan dos grandes categorías de hombres, los hombres de genio y los idiotas, y si se hace abstracción de las diferencias creadas artificialmente por mil causas sociales, tales como educación, instrucción, posición económica y política, que difieren no sólo en cada capa de la sociedad, sino en cada familia, se reconocerá que, desde el punto de vista de las capacidades intelectuales y de la energía moral, la inmensa mayoría de los hombres se complementan o que, al menos, se saben valer, al ser compensada la debilidad de cada uno en un aspecto por una fuerza equivalente en otro aspecto, de manera que es imposible decir que un hombre está por encima o por debajo de otro. La inmensa mayoría de los hombres no son idénticos, sino equivalentes y, por tanto, iguales. No quedan en pie, para el argumento de nuestros adversarios, más que los hombres de genio y los idiotas.

La idiotez es, como se sabe, una enfermedad fisiológica y social. No debe, pues, ser tratada en las escuelas sino en los hospitales, y debemos esperar que la introducción de una higiene social más racional y, sobre todo, más preocupada por la salud física y moral de los individuos que la

de hoy, y la organización igualitaria de la nueva sociedad, acaben por hacer desaparecer de la tierra esta enfermedad tan humillante para la especie humana. En cuanto a los hombres de genio, hay que observar en primer lugar que, afortunada o desgraciadamente, como se quiera, no han aparecido en la historia más que como raras excepciones en todos los sistemas conocidos, y las excepciones no se organizan. Esperemos, sin embargo, que la sociedad futura encontrará en la organización realmente democrática y popular de su fuerza colectiva el medio de hacer menos necesarios a estos grandes genios, menos aplastantes y realmente beneficiosos para todos. Pues no hay que olvidar jamás las palabras de Voltaire: «Hay alguien que tiene más inteligencia que los más grandes genios: todos». Sólo se trata, pues, de organizar a este *todos* por medio de una gran libertad, fundada sobre la más completa igualdad, económica, política y social, para que no haya nada que temer de las veleidades dictatoriales ni de la ambición despótica de los hombres de genio.

En cuanto a producir hombres geniales por medio de la educación, no hay que pensar en ello. Además, de todos los hombres de genio conocidos, ninguno o casi ninguno se ha manifestado como tal en su infancia o en su adolescencia, ni incluso en su primera juventud. No han aparecido como tales más que en la madurez, y a muchos no se les ha reconocido hasta después de su muerte, mientras que muchos de los grandes hombres frustrados, que habían sido proclamados en su juventud como hombres superiores, han acabado su carrera en la más completa nulidad. No se pueden determinar las superioridades y las inferioridades re-

jos de ser un mal, es, al contrario, como muy bien lo ha observado el filósofo alemán Feuerbach, una riqueza para la humanidad. Gracias a ella la humanidad es un todo colectivo, en la que cada uno completa el todo y tiene necesidad del todo; de forma que esta diversidad infinita de los individuos es la causa misma, la base principal, de su solidaridad, un argumento todopoderoso en favor de la igualdad.

En el fondo, incluso en la sociedad actual, si se exceptúan dos grandes categorías de hombres, los hombres de genio y los idiotas, y si se hace abstracción de las diferencias creadas artificialmente por mil causas sociales, tales como educación, instrucción, posición económica y política, que difieren no sólo en cada capa de la sociedad, sino en cada familia, se reconocerá que, desde el punto de vista de las capacidades intelectuales y de la energía moral, la inmensa mayoría de los hombres se complementan o que, al menos, se saben valer, al ser compensada la debilidad de cada uno en un aspecto por una fuerza equivalente en otro aspecto, de manera que es imposible decir que un hombre está por encima o por debajo de otro. La inmensa mayoría de los hombres no son idénticos, sino equivalentes y, por tanto, iguales. No quedan en pie, para el argumento de nuestros adversarios, más que los hombres de genio y los idiotas.

La idiotez es, como se sabe, una enfermedad fisiológica y social. No debe, pues, ser tratada en las escuelas sino en los hospitales, y debemos esperar que la introducción de una higiene social más racional y, sobre todo, más preocupada por la salud física y moral de los individuos que la

de hoy, y la organización igualitaria de la nueva sociedad, acaben por hacer desaparecer de la tierra esta enfermedad tan humillante para la especie humana. En cuanto a los hombres de genio, hay que observar en primer lugar que, afortunada o desgraciadamente, como se quiera, no han aparecido en la historia más que como raras excepciones en todos los sistemas conocidos, y las excepciones no se organizan. Esperemos, sin embargo, que la sociedad futura encontrará en la organización realmente democrática y popular de su fuerza colectiva el medio de hacer menos necesarios a estos grandes genios, menos aplastantes y realmente beneficiosos para todos. Pues no hay que olvidar jamás las palabras de Voltaire: «Hay alguien que tiene más inteligencia que los más grandes genios: todos». Sólo se trata, pues, de organizar a este *todos* por medio de una gran libertad, fundada sobre la más completa igualdad, económica, política y social, para que no haya nada que temer de las veleidades dictatoriales ni de la ambición despótica de los hombres de genio.

En cuanto a producir hombres geniales por medio de la educación, no hay que pensar en ello. Además, de todos los hombres de genio conocidos, ninguno o casi ninguno se ha manifestado como tal en su infancia o en su adolescencia, ni incluso en su primera juventud. No han aparecido como tales más que en la madurez, y a muchos no se les ha reconocido hasta después de su muerte, mientras que muchos de los grandes hombres frustrados, que habían sido proclamados en su juventud como hombres superiores, han acabado su carrera en la más completa nulidad. No se pueden determinar las superioridades y las inferioridades re-

lativas de los hombres, ni el grado de su capacidad, ni sus inclinaciones naturales, en la infancia, ni tampoco en la adolescencia. Todos estos aspectos no se manifiestan y no se determinan más que al desarrollarse el individuo, y así como hay naturalezas precoces y otras muy lentas, aunque nunca inferiores y con frecuencia superiores, es evidente que ningún profesor ni ningún maestro podrán precisar de antemano la carrera o el tipo de ocupaciones que los niños elegirán cuando lleguen a la edad de la libertad.

Por lo dicho, la sociedad debe a todos, sin excepción, *una educación y una instrucción absolutamente iguales*, sin tener en cuenta la diferencia, real o ficticia, de las inclinaciones y de las capacidades, ni derecho alguno a determinar la carrera futura de los niños.

III

La instrucción debe ser igual en todos los grados para todos, por consiguiente debe ser integral, es decir, debe preparar a los niños de ambos sexos tanto para la vida intelectual como para la del trabajo, con el fin de que todos puedan llegar a ser hombres completos.

La filosofía positiva destruyó y alejó de los espíritus las fábulas religiosas y los sueños de la metafísica, permitiéndonos entrever cuál debe ser la instrucción científica en el futuro. Tendrá como base el conocimiento de la naturaleza y como fin la sociología. El ideal no será dominar el mundo y violar la vida, como sucede siempre en todos los sistemas metafísicos y religiosos, sino la expresión última y más bella del mundo real. Al dejar de ser un sueño, se convertirá en realidad.

Ninguna inteligencia, por extraordinaria que sea, es capaz de especializarse en todas las ciencias y, como, por otra parte, un conocimiento general de todas es absolutamente necesario para el desarrollo completo del espíritu, la enseñanza se dividirá en dos partes: la parte general, que proporcionará los principales elementos de todas las ciencias

lativas de los hombres, ni el grado de su capacidad, ni sus inclinaciones naturales, en la infancia, ni tampoco en la adolescencia. Todos estos aspectos no se manifiestan y no se determinan más que al desarrollarse el individuo, y así como hay naturalezas precoces y otras muy lentas, aunque nunca inferiores y con frecuencia superiores, es evidente que ningún profesor ni ningún maestro podrán precisar de antemano la carrera o el tipo de ocupaciones que los niños elegirán cuando lleguen a la edad de la libertad.

Por lo dicho, la sociedad debe a todos, sin excepción, *una educación y una instrucción absolutamente iguales*, sin tener en cuenta la diferencia, real o ficticia, de las inclinaciones y de las capacidades, ni derecho alguno a determinar la carrera futura de los niños.

III

La instrucción debe ser igual en todos los grados para todos, por consiguiente debe ser integral, es decir, debe preparar a los niños de ambos sexos tanto para la vida intelectual como para la del trabajo, con el fin de que todos puedan llegar a ser hombres completos.

La filosofía positiva destruyó y alejó de los espíritus las fábulas religiosas y los sueños de la metafísica, permitiéndonos entrever cuál debe ser la instrucción científica en el futuro. Tendrá como base el conocimiento de la naturaleza y como fin la sociología. El ideal no será dominar el mundo y violar la vida, como sucede siempre en todos los sistemas metafísicos y religiosos, sino la expresión última y más bella del mundo real. Al dejar de ser un sueño, se convertirá en realidad.

Ninguna inteligencia, por extraordinaria que sea, es capaz de especializarse en todas las ciencias y, como, por otra parte, un conocimiento general de todas es absolutamente necesario para el desarrollo completo del espíritu, la enseñanza se dividirá en dos partes: la parte general, que proporcionará los principales elementos de todas las ciencias

sín excepción, así como el conocimiento completo de su conjunto, no un conocimiento superficial; y la parte especial, necesariamente dividida en varios grupos o facultades, que abarcarán todas las especialidades de cierto número de ciencias, las que por su misma naturaleza estén llamadas a completarse.

La primera parte, la parte general, será obligatoria para todos los niños; constituirá, si así podemos expresarnos, la educación del espíritu, reemplazando totalmente a la metafísica y a la teología, y, al mismo tiempo, colocando a los niños en un nivel elevado como para que una vez lleguen a la adolescencia puedan elegir con pleno conocimiento de causa la facultad especial que más convenga a sus disposiciones individuales y a sus aficiones.

Puede suceder, sin duda, que, al elegir su especialidad científica, los adolescentes, influidos por alguna causa secundaria, ya sea interna o externa, se equivoquen algunas veces, y puede que opten en primer lugar por una facultad o por una carrera que no sean precisamente las que mejor convengan a sus aptitudes. Pero como nosotros somos partidarios sinceros, no hipócritas, de la *libertad individual*, como en nombre de esta libertad detestamos de todo corazón el principio de autoridad y todas las manifestaciones posibles de este principio divino, antihumano, y como detestamos y condenamos, desde lo más profundo de nuestro amor por la libertad, la autoridad paterna y también la del maestro; como las encontramos igualmente desmoralizadoras y funestas, y como la experiencia diaria nos demuestra que el padre y el maestro, a pesar de su obligada y proverbial prudencia e incluso a causa de esta prudencia,

se equivocan acerca de las capacidades de sus niños con más facilidad que los propios niños y que, como según esta ley tan humana, ley incontestable, fatal, de la que abusa todo el que puede, los maestros y los padres, al determinar arbitrariamente el porvenir de los niños, interrogan más a sus propios gustos que a las tendencias naturales de los niños; como, en fin, los errores cometidos por el despotismo son siempre más funestos y menos reparables que los cometidos por la libertad, mantenemos, contra todos los tutores oficiales y oficiosos, paternos y pedantes del mundo, la libertad plena y entera de los niños para elegir y determinar su propia carrera.

Si se equivocan, el mismo error que hayan cometido les servirá de enseñanza eficaz para el porvenir, y la instrucción general que hayan recibido les servirá de luz, y podrán volver fácilmente al camino que les indica su propia naturaleza.

Tanto los niños como los hombres maduros no se vuelven sensatos más que con sus propias experiencias, nunca por las de los demás.

En la instrucción integral, al lado de la *enseñanza científica o teórica*, debe de haber necesariamente la *enseñanza industrial o práctica*. Sólo así se forma el hombre completo: el trabajador que comprende y sabe.

La enseñanza industrial, paralela a la enseñanza científica, se dividirá como ella en dos partes: la enseñanza general, que deberá dar a los niños la idea general y el primer conocimiento práctico de todas las industrias, sin ninguna excepción, y la idea de que su conjunto forma la civilización en su aspecto material como totalidad del trabajo

humano; y la parte específica, dividida igualmente en grupos de industrias ligadas entre sí de forma especial.

La enseñanza general debe preparar a los adolescentes a elegir libremente el grupo especial de industrias y, entre ellas las industrias particulares por las que sientan más afición. Una vez en esta segunda fase de la enseñanza industrial, harán los primeros aprendizajes de trabajo serio bajo la dirección de sus profesores.

Además de la enseñanza científica e industrial, existirá necesariamente la enseñanza práctica, o más bien una serie sucesiva de experiencias de moral, no divina, sino humana. La moral divina está basada en estos dos principios inmorales: el respeto a la autoridad y el desprecio a la humanidad. La moral humana, por el contrario, no se funda más que en el desprecio por la autoridad y en el respeto a la libertad y a la humanidad. La moral divina considera el trabajo como una degradación y como un castigo; la moral humana ve en él la condición suprema de la felicidad y de la dignidad humana. La moral divina conduce, como consecuencia, a una política que no reconoce derechos más que a los que por su posición económica privilegiada pueden vivir sin trabajar. La moral humana no los otorga más que a quien vive trabajando. Reconoce que el hombre se hace hombre sólo por el trabajo.

La educación de los niños, tomando como punto de partida la libertad, debe conducir sucesivamente a ella. Entendemos por libertad, desde el punto de vista positivo, el desarrollo pleno de todas las facultades que se encuentran en el hombre, y desde el punto de vista negativo, la com-

pleta independencia de la voluntad de cada uno frente a la de los demás.

El hombre no es y no será nunca libre frente a las leyes naturales ni frente a las leyes sociales; si se divide a las leyes en estas dos categorías se hace únicamente para mejor conocimiento de la ciencia, pero en realidad no pertenecen más que a una sola, pues ambas son leyes naturales, leyes fatales, que constituyen la base y la condición misma de cualquier existencia, de manera que ningún ser vivo podrá rebelarse contra ellas sin suicidarse.

Pero es preciso distinguir estas leyes naturales de las autoritarias, políticas, religiosas, criminales y civiles, que las clases privilegiadas han establecido a lo largo de la historia, siempre para explotar el trabajo de los obreros, con la única finalidad de amordazar la libertad de éstos, y que, con el pretexto de una moralidad ficticia, han sido siempre la fuente más profunda de inmoralidad. Así pues, obediencia involuntaria y fatal a todas las leyes, que, independientes de toda voluntad humana, son la vida misma de la naturaleza y de la sociedad; pero independencia, también, de cada uno, tan absoluta como sea posible, frente a todas las voluntades humanas, colectivas o individuales, que quieran imponerle su ley, no una influencia natural.

En cuanto a la influencia natural que ejercen unos hombres sobre otros, es todavía una de esas condiciones de la vida social contra las cuales la rebeldía sería tan inútil como imposible. Esta influencia es la base misma material, intelectual y moral de la solidaridad humana. El individuo, producto de la solidaridad o de la sociedad, aún permaneciendo sumiso a sus leyes naturales, puede muy bien, bajo

la influencia de sentimientos procedentes del exterior y sobre todo de una sociedad extranjera, reaccionar contra esta influencia, hasta cierto grado, pero no podría librarse de ella sin situarse enseguida en otro medio solidario, sin sufrir pronto nuevas influencias. Pues para el hombre, la vida fuera de toda sociedad y de todas las influencias humanas, el aislamiento absoluto, es la muerte intelectual, y también moral y material. La solidaridad no es el producto, sino la madre, de la individualidad y de la personalidad humana y no puede nacer y desarrollarse más que en la sociedad humana.

La suma de las influencias sociales dominantes, expresada por la conciencia solidaria o general de un grupo humano más o menos extenso, se llama *la opinión pública*. ¿Y quién no conoce la acción todopoderosa ejercida por la opinión pública sobre todos los individuos? La acción de las leyes restrictivas más draconianas, no es nada en comparación con ella. La opinión pública es el educador por excelencia de los hombres; por eso, para moralizar a los individuos hay que moralizar en primer lugar a la misma sociedad, hay que humanizar su opinión o su conciencia pública.

IV

Para moralizar a los hombres, hemos dicho, hay que moralizar el medio social.

El socialismo, fundado sobre la ciencia positiva, rechaza totalmente la doctrina del *libre albedrío*. Reconoce que todo lo que se llaman vicios y virtudes de los hombres es, en realidad, el producto de la acción combinada de la naturaleza, de la sociedad propiamente dicha. La naturaleza, en cuanto acción etnológica, fisiológica y patológica, crea las facultades y disposiciones que se llaman naturales y la organización social las desarrolla, detiene o falsea su crecimiento. Todos los individuos, sin excepción, son en cualquier momento de su vida lo que la naturaleza y la sociedad les han hecho ser.

Sólo gracias a esta *fatalidad* natural y social es posible la ciencia de la estadística, ciencia que no se contenta con constatar y enumerar los hechos sociales, sino que busca la coordinación y correlación con la organización de la sociedad. La estadística criminal, por ejemplo, constata que en un mismo país, en una misma ciudad, durante un período de 10, de 20 ó de 30 años y algunas veces más si no su-

cede ninguna crisis política o social que cambie las disposiciones de la sociedad, el mismo crimen o el mismo delito se reproducen cada año, más o menos en la misma proporción; y lo que es aún más notable es que la forma de perpetuarlos se renueva casi tantas veces en un año como en otro; por ejemplo, el número de suicidios por un medio u otro; el número de envenenamientos, de homicidios con armas blancas o de fuego, son casi siempre los mismos. Lo cual ha hecho afirmar al célebre estadístico belga M. Quetelet estas palabras memorables: «La sociedad prepara los crímenes y los individuos se limitan a ejecutarlos».

Esta repetición periódica de los mismos hechos sociales no tendría lugar si las disposiciones intelectuales y morales de los hombres, así como los actos de su voluntad, tuvieran como origen el libre albedrío. O bien esta expresión de libre albedrío no tiene sentido, o bien significa que el individuo se determina espontáneamente, por sí mismo, al margen de toda influencia externa, ya sea natural o social. Pero si así fuera, al actuar los hombres por cuenta propia habría en el mundo la más grande anarquía; toda solidaridad sería imposible entre ellos y todos esos millones de voluntades, absolutamente independientes unas de otras y chocando unas con otras, tenderían a destruirse e incluso acabarían haciéndolo, si no hubiera por encima de ellas la voluntad despótica de la divina providencia, que las «dirigiría mientras se agitan» y que aniquilándolas todas a la vez, impondría a esta confusión humana el orden divino.

Vemos también a los partidarios del principio del libre albedrío, fatalmente conducidos por la lógica, obligados a reconocer la existencia y la acción de la divina providencia.

Es la base de todas las doctrinas teológicas y metafísicas, un magnífico sistema que durante mucho tiempo ha alegrado la conciencia humana y que, desde el punto de vista de la reflexión abstracta o de la imaginación poética y religiosa, de lejos, parece, en efecto, llena de armonía y grandeza. Es una pequeña desgracia que la realidad histórica que ha correspondido a este sistema haya sido siempre horrible y que el sistema mismo no pueda soportar la crítica científica.

Sabemos, en efecto, que mientras ha reinado en la tierra el derecho divino, la inmensa mayoría de los hombres ha sido brutal y despiadadamente explotada, atormentada, oprimida, diezmada; sabemos que todavía hoy, y siempre en nombre de una divinidad teológica o metafísica, se esfuerza en mantener en la esclavitud a las masas populares; y no puede ser de otra forma, pues desde el momento en que haya una voluntad divina que gobierne el mundo, la naturaleza, la sociedad, la libertad humana está absolutamente anulada. La voluntad del hombre es necesariamente impotente en presencia de la voluntad divina. ¿Qué sucede, pues? Que queriendo defender la libertad metafísica abstracta o ficticia de los hombres, el libre albedrío, se está obligado a negar su libertad real. Ante cualquier poder y ante la omnipresencia divina, el hombre es esclavo. La divina providencia destruye la libertad del hombre en general, por lo que no queda más que el privilegio, es decir, los derechos especiales acordados a tal individuo o a tal jerarquía, dinastía o clase.

Del mismo modo, la divina providencia hace imposible toda ciencia. lo que quiere decir que es sencillamente la

negación de la razón humana, o bien que para reconocerla hay que renunciar al buen sentido de cada uno. Desde el momento en que el mundo está gobernado por la divina voluntad, no es necesario buscar la coordinación natural de los hechos, sino una serie de manifestaciones de esta voluntad suprema de la que, como dicen las Sagradas Escrituras, los designios son y deben permanecer siempre impenetrables para la razón humana, bajo pena de perder su carácter divino. La divina providencia no es sólo la negación de toda lógica humana, sino también de la lógica en general, pues toda lógica implica una necesidad natural, y esta necesidad sería contraria a la libertad divina; es, desde el punto de vista humano, el triunfo de la irracionalidad. Los que quieren creer deben renunciar, pues, tanto a la libertad como a la ciencia y, dejándose explotar, apalear por los privilegiados del buen Dios. repetir con San Tertuliano: «Creo en lo que es absurdo», añadiendo esta otra frase tan lógica como la primera: «Y quiero la iniquidad».

En cuanto a nosotros, que voluntariamente renunciamos a las felicidades de otro mundo y que reivindicamos el triunfo completo de la humanidad en esta tierra, admitimos humildemente que no comprendemos nada de la lógica divina, y que nos contentaríamos con una lógica humana fundada en la experiencia y en el conocimiento del encadenamiento de los hechos, tanto naturales como sociales.

Esta experiencia acumulada, coordinada y reflexiva que llamamos ciencia, nos demuestra que el *libre albedrío* es una ficción imposible, contraria incluso a la misma naturaleza de las cosas; que lo que se llama la voluntad no es más que el producto del ejercicio de una facultad nerviosa igual

que nuestra fuerza física no es más que el producto del ejercicio de nuestros músculos, y que, por consiguiente, uno y otro son productos de la vida natural y social, es decir, de las condiciones físicas y sociales del medio en que ha nacido cada individuo y en el que continúa desarrollándose; y repetimos que cada hombre, en cada momento de su vida, es el producto de la acción combinada de la naturaleza y la sociedad, con lo que se aclara la verdad enunciada en nuestro anterior artículo: que para moralizar a los hombres hay que moralizar su medio social.

Para moralizarlo, no hay más que un medio, y es el de hacer triunfar la justicia, es decir, la más completa libertad de cada uno (1) en la más perfecta igualdad de todos. La gran iniquidad colectiva, que da nacimiento a todas las iniquidades individuales, es la desigualdad de condiciones y de derechos, y, como consecuencia, la ausencia de libertad para cada cual. Suprimidla y desaparecerán todas las demás.

Tememos mucho, vista la poca diligencia que demuestran los hombres privilegiados a dejarse moralizar o, lo que es lo mismo, a dejarse igualar, nos tememos que este triunfo de la justicia no pueda efectuarse más que por medio de la revolución social. No hablaremos hoy de ello. Nos limitaremos por ahora a proclamar esta verdad, tan evidente por otra parte; que mientras el medio social no se

(1) Hemos dicho ya que entendemos por libertad, por un lado, el desarrollo tan completo como sea posible de todas las facultades naturales de cada individuo, y por el otro, su independencia, no frente a las leyes naturales y sociales, sino ante todas las leyes impuestas por otras voluntades humanas, colectivas o aisladas.

moralice, la moralidad de los individuos será imposible.

Para que los hombres sean morales, es decir, hombres completos en el pleno sentido de la palabra, se necesitan tres cosas: un nacimiento higiénico, una instrucción racional e integral, acompañada de una educación fundada sobre el respeto al trabajo, a la razón, a la igualdad y a la libertad, y un medio social donde cada individuo goce de su plena libertad y sea realmente, de hecho y de derecho, igual a los demás.

¿No existe este medio? No. Por consiguiente, hay que crearlo. Si en la sociedad que hoy existe se llegaran a fundar escuelas que dieran a sus alumnos una instrucción y una educación tan perfectas como podamos imaginar, ¿llegarían a crear hombres justos, libres y morales? No, pues al salir de la escuela se encontrarían en medio de una sociedad que está dirigida por principios contrarios, y como la sociedad es siempre más fuerte que los individuos, no tardaría en dominarlos, es decir, en desmoralizarlos. Más aún, incluso la fundación de esas escuelas es imposible en el medio social actual. Pues la vida social abarca todo, invade tanto las escuelas como la vida de las familias y la de todos los individuos que forman parte de ellas.

Los instructores, los profesores, los padres, todos son miembros de esta sociedad y están más o menos embrutecidos y desmoralizados por ella. ¡Cómo iban a dar a los alumnos lo que les falta a ellos mismos! Sólo se predica bien la moral con el ejemplo, y siendo la moral socialista completamente contraria a la moral actual, los maestros, dominados necesariamente más o menos por esta última, harían delante de sus alumnos lo contrario de lo que pre-

dicasen. Por tanto, la educación socialista es imposible en las escuelas y en las familias actuales.

Pero la instrucción integral en esta sociedad es igualmente imposible: los burgueses no comprenden que sus hijos se hagan trabajadores, y los trabajadores están privados de todos los medios para dar a sus hijos una instrucción científica.

Me hacen gracia esos buenos socialistas burgueses que siempre nos gritan: «Instruyamos primero al pueblo y luego emancipémosle». Nosotros decimos lo contrario: que primero se emancipe y se instruirá por sí mismo. ¿Quién instruirá al pueblo, vosotros? Por supuesto que no le instruiréis. Le envenenaréis intentando inculcarle todos esos prejuicios religiosos, históricos, políticos, jurídicos y económicos que garantizan vuestra existencia contra él, que al mismo tiempo matan su inteligencia, enervan su legítima inclinación y su voluntad. Le dejáis que se agote con su trabajo cotidiano y en su pobreza y entonces le decís: ¡instruíos! Nos gustaría veros cómo os instruís con vuestros hijos, después de 13, 14 ó 16 horas de trabajo embrutecedor, con la miseria y la incertidumbre del mañana como única recompensa.

No, señores. A pesar de nuestro gran respeto por la importante cuestión de la educación integral, declaramos que no es eso lo más importante para los pueblos. Lo primero es su emancipación política, que engendra necesariamente su emancipación económica y más tarde su emancipación intelectual y moral.

Por consiguiente, adoptamos plenamente la resolución votada por el Congreso de Bruselas:

«Reconociendo que *de momento es imposible organizar una enseñanza racional*, el Congreso invita a las diferentes secciones a establecer cursos públicos siguiendo un programa de enseñanza científica, profesional y productiva, es decir, enseñanza integral, para remediar en lo posible la instrucción insuficiente que los obreros reciben actualmente. *Se entiende que la reducción de horas de trabajo es condición previa e indispensable.*»

Sí, sin duda los obreros harán todo lo posible para conseguir tanta instrucción como puedan en las condiciones materiales en las que se encuentran actualmente. Pero, sin dejarse disuadir por los cantos de sirena de burgueses y socialistas burgueses, concentrarán, ante todo, sus esfuerzos en esta importante cuestión de su *emancipación económica*, que debe ser la madre de todas las demás emancipaciones.

DISPONEMOS TAMBIEN DE :

- Dios y el estado. Edt. Júcar
 - Tácticas revolucionarias. Edt. Dogal.
 - La libertad. Edt. Júcar.
 - La revolución social en Francia -I- Edt. Júcar.
 - La revolución social en Francia -II- Edt. Júcar.
 - Federalismo, socialismo, antiteologismo. Edt. Júcar.
 - Estatismo y anarquía. Edt. Júcar.
 - Escritos de filosofía política:
 - Tomo I, Crítica de la sociedad.
 - Tomo II, El anarquismo y sus tácticas.
- Alianza Editorial, libro de bolsillo.
-

Folletos en preparación de MURRAY BOOCKIN, JUAN GOMEZ CASAS, CAPELLETTI, etc. etc.



CNT-AIT
Secretaría de Formación y Cultura
Parque Vosa Nº 12 - Bajo
MOSTOLES